

Cuento 2018

3er. Lugar

Obra: ¡Declarado, nuestras primeras vacaciones!

Autor: Yahaira Covarrubias Flores

Seudónimo: Mar

Municipio: Jiménez, Tamaulipas

¡Declarado, nuestras primeras vacaciones!

¡El calor del mes de marzo pica cómo mil hormigas enojadas, verdad qué sí! Por ejemplo, Lía y sus compañeros de clases, a pesar que el salón tiene aire acondicionado, sienten derretir sus cuerpos. Los niños ya quieren que las clases terminen, están desesperados por comenzar las vacaciones de semana santa. Todos en la escuela están cansados, ¡hasta el lápiz está cansado, les urge descansar!

Lía tiene que sacar punta al lápiz otra vez; son ocho veces con ésta. El lápiz no quiere escribir más; por supuesto la maestra la regaña:

— ¡Niña, por favor siéntate, deja de levantarte cada cinco minutos!—. Lía sin decir nada regresa al banco.

Micaela su mejor amiga le presta un lápiz. Así continua copiando el trabajo del pizarrón. Lía acaba de cumplir diez años; su madrina le regaló una bolsa con útiles escolares pero sin lápices. Enseguida la maestra ordena que hagan la actividad de la página treinta, recortar y pegar. Micaela se da cuenta que olvidó las tijeras en su casa. Por fortuna Lía tiene dos tijeras; le presta unas tijeras a Micaela; y devuelve el favor. ¡Pero oh sorpresa, el pegamento también quiere vacaciones!, se niega a salir del fondo de la botella, prefiere terminar de hacer su maleta. Las niñas logran sacar suficiente pegamento con una cinta para terminar la actividad. ¡Lo bueno es que son inteligentes!

Durante el recreo las dos amigas hacen planes para divertirse durante la semana santa, están súper emocionadas. Es genial que sus familias se lleven bien y hayan decidido llevarlas a la playa. Para ambas será una aventura sensacional. Aunque los papas de Lía la llevaron a conocer el mar cuando era bebé, no lo recuerda tanto. En cambio Micaela no lo conoce.

— ¡Micaela no te vayas a espantar, el mar es enorme!, dice Lía.

Cuando estén en la playa, las niñas planean dormir la primera noche en una casa de campaña, suena padre la idea pero es seguro que sus padres no les darán permiso, ¡lo van a intentar, eso sí, total si la respuesta es no, cambiarán el plan por dormir juntas en el cuarto del hotel!

Suena el timbre, tienen que regresar al salón, el recreo terminó. Durante el resto del día sólo tuvieron problemas con el borrador, ¡que ya no quería borrar! Entonces Lía lo frotó contra su ropa y pudo borrar la palabra que había escrito mal. A la salida las niñas se despidieron con un beso, aunque vivían en la misma colonia, cada quien tomaba diferente camino para ir a su casa.

Lo primero que hace Lía al llegar a la casa, es la tarea de la escuela, después ayuda a doblar la ropa mientras su mamá prepara la cena. Lía está muy contenta, arregla la mesa donde van a cenar, quiere que todo se vea bonito, cuando de repente escucha decir a su papá:

- ¡No hay dinero para las vacaciones!—. A Lía le salen las lágrimas sin querer, en ese momento su mamá abre la puerta de la cocina y la ve llorar.
- Tranquila hija, estoy segura que iremos de vacaciones—. Le dice su mamá con voz suave.

Se abrazan por un largo rato, es muy probable que a su papá le paguen por un trabajo que hizo la semana pasada, y podrán ir a la playa con ese dinero, eso les da tranquilidad, por lo pronto es mejor que vayan a dormir, mañana es el último día de clases.

Le es difícil dormir a Lía tan solo de pensar que no podrá ir a la playa, le asusta mucho esa idea, recuerda que Micaela y ella tienen semanas planeando el viaje, preocupada apaga la luz de la lamparita que está justo en su buro, sin darse cuenta se queda profundamente dormida.

A la mañana siguiente su mamá le tiene preparado un rico desayuno; le comenta que está segura que su papá conseguirá el dinero para el viaje. Al terminar de desayunar le recomienda que no se preocupe, que deje las cosas en los adultos, ellos son los

que pueden resolverlas. Lía sabe que tiene razón, pero no puede dejar de sentirse triste, sabe que existe la posibilidad de no ir a la playa; se despiden con un beso.

En la escuela lo primero que hace es contarle a Micaela que no tienen dinero para el viaje. Toda la mañana se la pasan calladas pero lo peor es cuando la maestra comienza a despedirse de los alumnos:

- ¡Disfruten a sus familias, los días soleados, y a los niños que vayan al mar les encargo que tomen dos conchas! Una la van a lanzar al mar con todas sus fuerzas, pidan un deseo. La otra la guardan en su maleta y me la traen para pedir un deseo también.
- ¿Un deseo maestra?, dicen los niños.
- ¡Un deseo que las hadas de los mares se encargarán de cumplir!—. Todo el salón enmudece.
- ¡Qué tengan las mejores vacaciones del mundo!—, finaliza la maestra.

Las amigas se miran una a la otra, sus ojos parpadean, están a punto de llorar. Desde el escritorio la maestra las alcanza a ver y las llama. Tuvieron que contarle lo que pasaba, ella les regala unos dulces.

- Confíen en que irán al mar—, les dice la maestra para calmarlas.

Más que convencidas, tenían pena de que todos en el salón las veían. Los niños se dieron cuenta que unas lagrimas salían de los ojos de las niñas. Y sin que la maestra les dijera, corrieron a darles un abrazo grupal justo en el momento que tocó el timbre de la escuela.

- ¡VA CA CIO NES!—. Todos gritan entusiasmados; en la puerta se hace una montaña de niños, se empujan por querer salir primero.

Lía y Micaela permanecen en el salón un rato mientras la puerta queda libre, un abrazo es testigo de la despedida, prometen hablar por teléfono en la noche para saber si se resolvió el problema.

La mamá de Lía está bastante preocupada, se le nota en la cara la sonrisa caída, además ella siempre canta o chifla alguna canción; ahora esta súper callada. Lía quiere que su mamá vuelva a estar alegre ¿pero cómo? si ella también está triste. Será mejor disimular que no le importa tanto saber, si irán a la playa para que su mamá se sienta mejor y deje de preocuparse. Entonces se le ocurrió contar un chiste:

— ¿Mami sabes por qué la vaca compró un radio?—, a su mamá le llamó la atención y respondió varias veces sin que ninguna fuera la respuesta correcta.  
— ¡No sé, me doy!—. ¡Para escuchar múuuusica!—, dice Lía y ríen a carcajadas.

Ambas con el mejor ánimo posible sacan los manteles, los cubiertos y los platos. Durante la media hora que usan para comer platican de algunas cosas: de la materia que más le gusta, del promedio de aprovechamiento, y de la visita que les hará la abuelita en las siguientes semanas pero nada sobre el viaje.

Así que Lía continua disimulando que no le interesa tener noticias de su papá, ¿quién sabe cuánto aguantará? Porque siente que un duendecito le pellizca la garganta y le hace cosquillas para que pregunte si su papá consiguió el dinero. Cuando se decide a preguntar, mejor cierra la boca, ella sabe que esas cosquillas vienen acompañadas de agua en los ojos. Si pregunta, su voz se quebraría en llanto. Lía imagina que sus manos son tan grandes, que con un solo manotazo aplasta al duendecito. Al mismo tiempo se escucha abrir la puerta, es su papá que por fin ha llegado.

Lo malo es que su papá trae la cara seria, camina hasta sentarse frente a ellas, él sigue muy serio, parece un robot pero cuando extiende el brazo, en su mano trae una carpeta que le entrega a Lía. Con una señal de los ojos, le pide abrirla. ¡No lo puede creer, es la fotografía del hotel y la reservación!

— ¡Siiiiiiiiii!—, Lía corre para abrazar a su papá; por la emoción resbala y casi cae al piso, eso no la detiene para llenarlo de besos.

De inmediato sube las escaleras, las baja, no sabe qué hacer, se ha vuelto loca de contenta. Sus papás ven con alegría como Lía brinca de dos en dos los escalones, aunque para ella era como si estuviera volando. Recuerda la promesa de hablar con Micaela; va corriendo hasta el teléfono para llamarla, quería darle la buena noticia.

- ¡Hola Micaela si vamos a la playa con ustedes!
- ¡Ya lo sabía!, tu papá habló con los míos hace un rato para ponerse de acuerdo en la reservación del hotel.
- ¡Genial!, gritaron las dos tan fuerte que hasta el teléfono ensordeció.

Esa noche las familias organizaron el viaje, las maletas y los juguetes de playa. Viajarán en el carro del papá de Micaela; pasarán por la familia de Lía a las 8:30 a.m. Para salir de Ciudad Victoria como a las 9:00 a.m.

Una vez que todo quedó listo, Lía da las buenas noches a sus papás para ir a dormir. Ahora no puede dormir por la emoción, piensa en todas las cosas que pasarán en Tampico, imagina la cara de Micaela cuando vea el mar. Un momento, ella recuerda muy poco del mar, entonces también será cómo la primera vez para Lía. ¡Declarado, para ambas será la primera!

- Anda Lía duerme que es tarde—, dice su mamá al pasar por la recamara.

Ella cierra los ojos; finge dormir. Pero en realidad su cabeza está de fiesta, las imágenes de todo lo que tiene planeado hacer en vacaciones, inician un baile en su mente, sin darse cuenta poco a poco se queda dormida:

<<Tomaré a Micaela de la mano y la llevaré adentro del mar, ella no querrá entrar pero por lo menos haré que moje los pies con las olas pequeñas que llegan a la playa. Después que tenga más confianza brincaremos las olas grandes hasta que finalmente nos aventemos un clavado en la profundidad del mar..., mejor no, zzzzz...,eso puede ser peligroso, mejor hacemos un castillo..., zzzzz..., de arena y beberemos agua de coco...,después...,zzzzz>>.

Al otro día Lía es la primera en despertar, creo que hasta le ganó al gallo del vecino. El mismo gallo que todos los días canta para despertar al vecindario, ¡ésta vez le ganó! Los ojos claros de Lía están súper abiertos, son cerca de las seis de la mañana, sus padres aún duermen; decide quedarse en su cuarto hasta que ellos despierten. El baile en la cabeza de Lía sigue, repasa lo que lleva para el viaje:

<<El traje de baño, el bloqueador solar, el cepillo dental, los lentes para nadar..., ¡ah, por poco se me olvida la gorra luminosa!>>.

La gorra tiene una lamparita para ver debajo del mar, ¡y es tan bonita, qué compré otra igual para Micaela! Son mejores amigas pero con las gorras parecerán hermanas.

Suena el despertador y los papás de Lía se levantan. Minutos después escucha los pasos de su mamá en dirección a la cocina. En un rato el aroma de sus famosos tacos paseados huele por toda la casa. Su papá quiere una probadita, no puede aguantar las ganas de comer uno antes del viaje. Todos saben que los tacos paseados son para comer a medio camino, ¡menos el papá de Lía! Los comerán en la orilla de la carretera, donde les guste el paisaje, esa es la costumbre familiar. Lía está segura que el almuerzo encantará a la familia de su amiga.

Terminan de cerrar la última maleta de las cuatro que llevarán. Son sólo tres días pero muy agitados, así que prepararon varios cambios, no usarán la misma ropa para nadar en el mar que tiene el agua salada y después nadar en la alberca que tiene el agua dulce.

La hora llegó, se escucha el claxon de una camioneta, de prisa suben las maletas. Se acomodan en los asientos y emprenden el viaje. El papá de Micaela conduce la camioneta, el papá de Lía es el copiloto, en la primera fila de asientos van las mamás y en la tercera fila van las niñas observando el paisaje. Pasada la hora del viaje, se detiene para almorzar, desde allí ven la presa Marte R. Gómez. Justo como lo había pensado Lía los famosos tacos paseados de su mamá fueron un éxito,

entonces una sonrisa de felicidad apareció en su cara, parecía como si la sonrisa estuviera congelada o la tuviera tatuada porque todo el camino sonrió.

Claro que en el hotel había mucha gente por el inicio de las vacaciones, y con el calor que hace todos quieren visitar el mar. Después de registrar la entrada, cada familia va a su habitación. Durante el camino las niñas proponen a sus papás dormir en la playa esta noche; por supuesto que sus padres se negaron. Entonces recurrieron a la segunda propuesta, la de compartir una habitación en el hotel pero aunque sus papás no dijeron que sí, tampoco dijeron que no. En las habitaciones abrieron las maletas, colgaron la ropa, colocaron sus artículos de higiene en el baño y se vistieron con los trajes de baño. Ya querían nadar en el mar, jugar con la arena y comer pescado frito. ¡Las niñas están felices!

Cuando Micaela vio el mar quedó paralizada, todos pensaron que era de miedo pero después ella aclaró que se detuvo para grabar en su mente la inmensidad del mar. Claro que para eso está la videograbadora de su papá pero Micaela nunca olvidará ese momento, siempre vivirá con ella.

¡Jamás habían tenido un día tan increíble! Faltaban veinte minutos para las ocho de la noche, el cansancio se reflejaba en todas sus caras. Se levantaron temprano, el viaje por la carretera y desde que llegaron a Tampico no habían parado de jugar. Los papás de las niñas pensaron que por el día de hoy era suficiente; comenzaron a recoger las cosas para ir al hotel.

De regreso pasan por una calle que no habían visto, se dan cuenta que se equivocaron de camino pero lejos de ser un error, esa equivocación los lleva a encontrar un lugar donde hay muchos puestos de comida. De entre todos los puestos eligen uno para cenar taquitos de cecina, mientras esperan, se dan cuenta que atrás de los puestos hay un parque y que allí podrán descansar un rato después de cenar.

Al llegar al hotel, hay una sorpresa para las niñas, sin que ellas lo supieran, los papás rentaron una habitación para ellas. ¡Esa fue la cereza en el pastel de una noche



genial! Las niñas quieren correr pero sienten las piernas pesadas así que tardan una eternidad en llegar a la habitación. Cuando abren la puerta, ven la decoración, las camas y la pantalla grande, quieren brincar pero no pueden, así que gritan de alegría. Apenas tienen fuerzas para bañarse, el agua caliente las reanima un poco. Micaela apaga la luz y con la sabana encima finge ser el fantasma del mar, los gritos de Lía se escuchan por todo el hotel. Suena el teléfono; es la mamá de Micaela ordenando que ya se duerman o serán castigadas. Entre risas apagan la luz; entonces Lía la vuelve a prender; Micaela desconcertada piensa que Lía es sonámbula, ¡nada que ver!, sólo recordó la sugerencia de la maestra: buscar dos conchas, aventar una al mar; pedir un deseo y llevarle la otra. Se quedaron profundamente dormidas, mañana sin falta lo harán. ¡Claro qué buscarán las conchas y la más bonita la guardarán para la maestra!

Al otro día la mamá de Lía hizo de almorzar para todos, unos ricos huevitos con chorizo, en la cocina pequeña que tiene la habitación. El chorizo lo trae desde Ciudad Victoria pero en realidad es chorizo de Jiménez, ¡muy sabroso!, que los abuelitos de Lía les regalaron. Luego prepararon las cosas para regresar por segundo día a la playa. Antes de salir del hotel Lía le obsequia los lentes para nadar y la gorra luminosa a Micaela. Casualmente las dos tienen el traje de baño color rosa, ¡hasta parecen hermanas gemelas!

Micaela vuelve a quedar paralizada al mirar el mar por segunda ocasión. Lía la empuja despacio para que salga del trance y corre para que Micaela la persiga por la arena hasta el mar. Los papás extienden las toallas para acostarse, y así se quedan por varias horas. Las niñas quieren inspeccionar el lugar. La mamá de Micaela les da permiso para ir hasta donde se ve la sombrilla blanca, aunque la mamá de Lía no quería que fueran solas, al final la convencieron. Las niñas prometen no alejarse mucho. Caminan hasta encontrar un espacio vacío para ellas, allí construyen castillos con la arena, cada amiga entierra el cuerpo de la otra varias veces, hacen caminos para que circule el agua que llega de las olas. Cuando de pronto una pelota derrumba la barda del castillo, tal parece que el mar está jugando a lanzársela.

Micaela agarra la pelota y la avienta hacia arriba, Lía salta y atrapa la pelota. Se están divirtiendo a lo grande, hasta que llega un niño que se llama Oscar, él era quien lanzaba la pelota desde el mar y les dice que la pelota es suya, las niñas lo escuchan y les parece un niño agradable.

Los tres niños juegan por un largo rato. La primera en cansarse fue Micaela; entonces Lía y Oscar dejaron de jugar para acompañar a Micaela. Sentados en la arena, las olas apenas mojaban sus pies. Oscar es hijo del señor que vende los sombreros de hoja de palma, renta las sombrillas y maneja la lancha para pasear a los turistas. Pero cuando las niñas le preguntan por su mamá, él se pone triste porque a su mamá se la tragó el mar. Él era pequeño cuando eso pasó, y no recuerda los detalles. Lo cierto es que jamás volvió a saber de ella.

— ¡Pide a las hadas del mar qué regrese tu mamá! —, dicen las niñas

Oscar hace cara de fuchi, no cree en las hadas del mar. Él se cansó de lanzar las conchas al mar para que regresara su mamá, sin lograrlo. Piensa que las hadas no existen, que es una mentira para engañar a los niños.

Las niñas se dan cuenta que Oscar no las acompañará a buscar conchas, fue una verdadera lástima porque les había caído súper bien. En fin, se despidieron de Oscar diciendo que sus papás les hacían señas para que regresaran pero en realidad fueron a buscar las conchas para pedir un deseo.

Al principio encontraron conchas partidas a la mitad, rotas del centro y de las orillas. No se desanimaron, al contrario, buscaron hasta debajo de las toallas de sus papás hasta encontrar las conchas más hermosas. Antes de lanzar las conchas, Lía y Micaela se ponen de acuerdo en el deseo que pedirán.

— ¡Estar siempre juntas!, gritan ellas.

Para sorpresa de las niñas, el papá de Oscar las estaba esperando para llevarlas a dar un paseo en la lancha. El señor había regañado a Oscar por lo que dijo de las hadas; para mostrar su arrepentimiento, las invita al paseo gratis. El permiso fue difícil

de obtener; al final los papás convencidos por la seguridad de los chalecos salvavidas y la promesa del papá de Oscar de ir despacio, les dan el permiso. Las niñas no ocultan su felicidad; brincan alzando los brazos. Quién diría que después de un momento de alegría, vendría un momento de tristeza para las familias.

La lancha al dar la vuelta para regresar a la playa choca contra una ola grande; las niñas salen volando de la lancha; caen al mar. Micaela no sabe que pasó, se asusta más cuando no ve por ningún lado a Lía. El papá de Oscar ayuda a Micaela a subir a la lancha y después respira hasta llenar sus pulmones para sumergirse en el mar, bucea alrededor de la lancha, arriba los turistas tratan de consolar a Micaela, ella no para de llorar. En cuestión de minutos llega nadando el salvavidas de la playa, le explican lo sucedido y también comienza a bucear para encontrar a Lía.

Desde la lancha los turista gritan a una sola voz el nombre de Lía, las olas del mar bailan una detrás de la otra, tal parece que quieren decir algo. El esfuerzo fue inútil, no pudieron encontrar a Lía. Tristes regresan a la orilla del mar. Micaela baja corriendo de la lancha, aterrorizada llora sin parar, trata de explicar entre sollozos lo que ocurrió en el paseo.

La mamá de Lía cae desmayada y el papá corre al mar para tratar de encontrarla; los papás de Micaela llaman a la guardia costera. No hay buenas noticias por el tiempo que ha pasado, es seguro que Lía se haya ahogado. La policía recorrerá la playa, a veces el mar regresa los cuerpos. Mientras tanto cuatro barcos están listos para iniciar la búsqueda. Los prestadores de servicios turísticos junto con los pescadores hacen equipo con la guardia costera. Los buzos con el equipo profesional podrán buscar a Lía en la profundidad marina, necesitan agotar todas las posibilidades para encontrarla.

¿Pero Lía dónde está? Regresemos el tiempo cuando Lía subió a la lancha, el chaleco salvavidas le quedó grande, entonces cuando la lancha chocó contra la ola, ella salió disparada y el chaleco se le zafó. Como no sabe nadar empezó a tragar agua hasta desmayarse. Su cuerpo lleno de agua se hundió en el fondo marino. Por si fuera poco Lía quedó atorada entre los restos de un barco antiguo.

¡No todo está perdido para Lía! Las hadas de los mares vieron cuando cayó de la lancha y se ahogó. Ellas nadaron en su auxilio y aunque no pudieron evitar que Lía se desmayara. ¡Sí pudieron hacerla respirar con una concha mágica!

El hada pequeña con dos suaves caricias logra que Lía recupere el conocimiento. Las otras hadas la ayudan a recargar su espalda en una roca. Ella no sabe en donde esta; se asusta cuando ve a las hadas; son como sirenas pero del tamaño de una mojarra; quiere irse de inmediato pero se da cuenta que esta atorada, también siente algo pegado en la nariz.

— Es una concha mágica, con ella puedes respirar en el agua, no te la vayas a quitar, tranquila, todo estará bien—. Le dicen las hadas

Las hadas cuidan los fondos marinos del mundo; a pesar de su tamaño, controlan a las especies marinas, incluso hasta los tiburones gigantes.

Lía piensa en que sus papás estarán preocupados por ella, trata de zafar la pierna del fierro que tiene encima, pero no puede.

En la playa los padres de Lía están inconsolables, observan que los policías y los buzos hacen lo imposible por encontrarla. Micaela no quiere creer lo que está viviendo, se encuentra sentada en la orilla del mar, llora y llora, no ha podido calmarse. De pronto con la mano siente entre la arena una concha, la agarra y con todas sus fuerzas, la lanza lo más lejos posible pidiendo un deseo.

En el fondo marino la concha cae justo al lado de las hadas, estas sonríen. Una de las hadas toma la concha y la pone en su oreja; escucha el deseo de Micaela.

— Una niña en la orilla de la playa ha pedido que regreses con ella, ¿conoces a Micaela?—, preguntan las hadas— Ella es mi mejor amiga, por favor quiero regresar—, suplica Lía—. Nosotras te vamos ayudar, sólo debemos esperar a que el tiburón gigante venga a quitar el fierro que te aprisiona. Él viene en camino, no tardará en llegar con nosotras.

Entre la playa y el fondo marino, el tiempo no transcurre igual, en el mar es más lento, así que una hora debajo del mar es como un día en la superficie.

Los padres de Lía se encuentran devastados, aún tienen esperanzas pero poco a poco van sintiendo como el frasco de la esperanza se queda vacío. La policía anuncia que seguirá buscando en las playas lejanas, lo único que desean es encontrar el cuerpo de la niña.

En el fondo del mar las hadas entretienen a Lía con cantos, bailes y contando una que otra anécdota, como por ejemplo: La de una señora que hace muchos años intentaron salvar. Le pidieron que sujetara la concha mágica pero la señora se asustó al verlas, desesperada soltó la concha y murió.

Al escuchar Lía lo que le pasó a la señora, recordó que Oscar dijo que a su mamá se la había tragado el mar. Ella temerosa de que le pase lo mismo, sujeta la concha con todas sus fuerzas. En ese momento llegó el tiburón gigante y con un golpe de trompa quita el fierro que aprisiona a Lía. Ella flota hacia la superficie con la ayuda de las hadas.

Los padres de Lía no se habían querido mover de la playa, nadie los podía convencer de regresar al hotel, insistían en esperar a su hija. Los papás de Micaela y ella los acompañaban sentados en la arena.

<< Lía regresará, lo sé, los deseos se cumplen y el mío se cumplirá>>. Pensaba Micaela cuando ven salir a Lía de entre las olas del mar; y con un grito de alegría corrieron a recibirla.

¡Cuando Lía platica su historia, nadie le cree pero nosotros sabemos que las hadas del mar existen, y que los deseos por increíbles que sean, se cumplen!